





## ASÍ TAMBIÉN OS ENVÍO YO

Al anochecer de aquel día,  
el primero de la semana,  
estaban los discípulos en una  
casa, con las puertas cerradas  
por miedo a los judíos.

Y en esto entró Jesús,  
se puso en medio y les dijo:  
—Paz a vosotros.

Y, diciendo esto, les enseñó las  
manos y el costado. Y los  
discípulos se llenaron de alegría  
al ver al Señor. Jesús repitió:

—Paz a vosotros. Como el  
Padre me ha enviado, así  
también os envío yo.

Y, dicho esto, sopló sobre ellos y  
les dijo:

—Recibid el Espíritu Santo; a  
quienes les perdonéis los  
pecados, les quedan  
perdonados; a quienes se los  
retengáis, les quedan retenidos.

**Jn 20,19-24**



# Plan Diocesano de Evangelización 2019-2022

Cristo resucitado, al final del evangelio de Marcos, envía a sus discípulos al mundo entero a proclamar la Buena Noticia a todas las criaturas (cfr. 16,15). En el comienzo de este mismo evangelio hay una llamada a la conversión: “el reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15). Estas palabras del Señor también se dirigen hoy a nosotros. Es una palabra contra todo temor y desaliento que nos llama a creer y dar esperanza. El mandato misionero se repite en cada época.

Iniciamos ahora una nueva etapa del camino pastoral de nuestra joven diócesis. ¿En qué va a consistir este camino? Sencillamente, el camino es el retorno. Volver a Dios y a la realidad vivificadora que resulta de la fe en Él. La fe que han vivido y transmitido tantos hombres y mujeres, madres y padres, agentes de pastoral, maestros, religiosos, gente sencilla de barrio o de pueblo, diáconos, sacerdotes y obispos. Debemos estar agradecidos por la labor que han hecho.

## 1. Ser Iglesia en camino

Al inicio del curso pasado, el Obispo anunció la preparación de un Plan de Evangelización para nuestra diócesis, un plan que habíamos de preparar de modo sinodal, a la escucha de lo que el Espíritu dice a la Iglesia. Pensaba en este proceso como el preludio de un camino espiritual, signo de una renovación deseada y de propuestas de acción pastoral para nuestra diócesis.

El texto que ahora presentamos debe ser recibido, por lo tanto, como un paso importante en el camino al que el Obispo nos ha convocado cordialmente. Cuando caminamos juntos podemos confiar en que Cristo camina a nuestro lado, porque él ha prometido estar con nosotros tan pronto como dos o tres están reunidos en su nombre (cf. Mt 18,20).

La confianza en esta presencia es fundamental para toda experiencia de fe. Como Abraham, comenzamos el camino confiando en Dios. Como Abraham, dejamos atrás la tentación fácil del “siempre se ha hecho así” y nos abrimos a la novedad de Dios, sabiendo que la Iglesia siempre ha encontrado nuevas formas de responder a los desafíos de cada época. Somos conscientes que hay modos de vivir la fe o expresiones de eclesialidad que hoy no llegan a muchas personas, ni caben en muchos lugares, como tampoco alimentan suficientemente nuestra propia fe. Hemos perdido fuerza profética y pasión evangelizadora, lo que apenas nos permite ser misioneros y evangelizadores. Quizás estamos en una época de “esencias”, es decir, de ir a lo esencial, de buscar nuestra identidad clara y sencillamente.

A partir de esta experiencia de confianza en el Señor y de dejarnos interpelar por la realidad en la que vivimos, son muchas las comunidades que conforman la diócesis -parroquias, religiosos, movimientos, realidades educativas y sociales...-, las que han emprendido este camino, escuchando activamente la Palabra de Dios e interpretando los signos de los tiempos a la luz de la fe. Lo nuevo, ¡gracias a Dios!, ya está creciendo.

Este Plan de Evangelización está pensado para “vivirlo juntos”, en sinodalidad, valorando los carismas que el Espíritu ha concedido a cada uno, en medio de una Iglesia participativa y corresponsable. “No hay que excluir a nadie, ni dejar que nadie se excluya” (ChV 206).

Os invitamos cordialmente a todos los fieles de la diócesis de Getafe a dar vida a la fe en nuestra Iglesia, en primer lugar, a los que ya vivís la fe en comunidad, como congregación de bautizados, pero también a aquellos que un día os alejasteis de la Iglesia, por los motivos que fueran, para que volváis a formar parte activa de la vida de la Iglesia. Sin olvidar a tantos que nunca habéis venido, a los que no conocéis al Señor Jesús, a los que no habéis experimentado todavía el amor de Dios.

Quisiéramos que cada persona, sea quien sea, que se acerque a nuestras comunidades encuentre un lugar de vida, un hogar fraterno, donde se vive la nueva vida que Cristo nos ha conseguido y se experimenta la salvación de Dios.

## 2. Renovación como fruto de la conversión del corazón

Toda vida cristiana comienza en la conversión. Se trata de volverse a Dios y ponerlo en el centro de la existencia. Que Dios sea alguien real, que ordena la vida, le da sentido y la fortalece. La conversión es una realidad que abarca cada momento de nuestra vida, no es fruto de un instante. Siempre estamos llamados a convertirnos, a volvernos a Dios.

Esto que hemos de vivir cada uno de nosotros, en cada momento de nuestra existencia, lo ha de vivir también la Iglesia como comunidad de bautizados, como familia de los hijos de Dios. La Iglesia vive en un permanente estado de renovación, de vuelta a los orígenes para ser fiel a su Señor. La renovación en la Iglesia no puede consistir en identificarse con la cultura de cada momento, o estar a la moda para ser mejor aceptada por los hombres de cada época o de cada lugar. Solo hay autentica renovación en la Iglesia cuando hay una vuelta a Jesucristo, y esta solo es posible desde la conversión del corazón.

Además, la renovación eclesial así concebida es la consecuencia del amor. La conversión es un acto de amor. Es responder a la llamada de Dios, y hacerlo según el deseo de su corazón.

Para responder a lo que Dios quiere y espera de esta Iglesia que camina en Getafe, hemos de escuchar lo que nos dice el Espíritu, y hacerlo desde la voz, que muchas veces es silencio, indiferencia, y hasta rechazo, de nuestro pueblo. El don del Evangelio que hemos recibido, y del que somos depositarios, es para nuestra gente, para todos. Por eso, la fidelidad a Dios consiste también en buscar el modo por el que la salvación llegue hoy a los hombres que se nos han encomendado.

Hace más de cincuenta años, la Iglesia, a través del Concilio Vaticano II, nos ofreció una brújula para la evangelización del mundo contemporáneo. Sus documentos estuvieron orientados a no permitir que los cambios sociales (previsibles a nivel mundial ya en aquel entonces), interrumpieran la misión evangélica, sino que ayudaran a dar forma activamente a la fe<sup>1</sup>. No podemos renunciar a leer los cambios en el mundo, en la

---

<sup>1</sup> “El Concilio se propone, ante todo, juzgar bajo esta luz los valores que hoy disfrutan la máxima consideración y enlazarlos de nuevo con su fuente divina. Estos valores, por proceder de la inte-

economía, en la política, en la sociedad y en la Iglesia, en sus aspectos individuales, como signo de los tiempos, y aceptarlos como los desafíos de hoy. Ciertamente, como nos recuerda el Papa Francisco, estamos en un cambio de época al que hemos de mirar y responder desde el Evangelio, siempre antiguo y siempre nuevo.

Sin embargo, también debemos admitir que en nuestra propia vida eclesial no siempre hemos asumido estos desafíos, sino que hemos dado respuestas, muchas veces superficiales, precipitadas y con falta de espíritu, en lugar de comprender, moldear y asumir los desafíos evangelizadores desde la confianza en Dios y la fidelidad a su voluntad.

En estos años, y a la luz de la enseñanza del Concilio, la Iglesia se ha mostrado como comunión en la escucha de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la vida fraterna y en caridad. Son muchas las comunidades que viven una experiencia rica de Iglesia y de misión en el mundo. Son muchos los que en estos años han descubierto el rostro de Dios a través de la Iglesia y del testimonio de los cristianos.

Ante esta realidad, es necesario que nos preguntemos: ¿Cómo podemos avanzar en nuestra misión evangelizadora aquí y ahora? ¿Cómo lo haremos en este sur de Madrid?

El pasado curso os invitamos a formularos unas preguntas que surgían al abordar este punto, en la misma actitud con la que Abraham tuvo que entender la promesa que le fue hecha. Volver a recordarlas puede ayudarnos a situar la etapa actual de nuestro camino pastoral:

- ¿Cómo quiere Cristo que seamos Iglesia en este mundo en constante cambio?
- ¿Cómo podemos dar forma a la vida eclesial, en sus distintos ministerios, para que nuestra propia fe se sienta acogida en ella?

---

ligencia que Dios ha dado al hombre, poseen una bondad extraordinaria; pero, a causa de la corrupción del corazón humano, sufren con frecuencia desviaciones contrarias a su debida ordenación. Por ello necesitan purificación. ¿Qué piensa del hombre la Iglesia? ¿Qué criterios fundamentales deben recomendarse para levantar el edificio de la sociedad actual? ¿Qué sentido último tiene la acción humana en el universo? He aquí las preguntas que aguardan respuesta. Esta hará ver con claridad que el Pueblo de Dios y la humanidad, de la que aquél forma parte, se prestan mutuo servicio, lo cual demuestra que la misión de la Iglesia es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana”. Concilio Vaticano II, Const. Past. *Gaudium et spes* (GS) (1963). 11.

- ¿Cómo podemos poner a tantas personas como sea posible en contacto con Dios más allá de nosotros?
- ¿Cómo podemos celebrar la liturgia, compartir la fe, vivir la comunión y servir al bien de la humanidad de una manera creíble, en la que testifiquemos el amor de Dios y animemos a otras personas a seguir a Jesucristo?

Hemos de hacer opción por una pastoral que permita a las personas en nuestra sociedad ilustrada, postmoderna y altamente individualizada, tener acceso real a Dios, a Cristo vivo, y a la comunidad de creyentes.

### **3. La Iglesia es el pueblo de Dios**

El Concilio Vaticano II presenta a la Iglesia no como algo estático sino una realidad dinámica, como el pueblo de Dios en camino<sup>2</sup>. Este pueblo se enriquece con los dones y carismas que cada bautizado aporta a la comunión. Todos somos iguales en dignidad formando la unidad, un único pueblo, pero somos diferentes al mismo tiempo en la singularidad de cada uno, una variedad que embellece el cuerpo de Cristo con los talentos que Dios mismo nos ha dado para la edificación de la comunidad. Una Iglesia que vive en unidad y se enriquece en la pluralidad. La Iglesia forma una gran sinfonía que canta la alabanza a Dios: “y cada uno los oíamos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua” (Hch 2,11).

Todos hemos sido llamados por Dios a la fe, y nos hemos incorporado a Cristo por el bautismo. Esta es nuestra vocación: la comunión con Dios. Esta vocación es, por tanto, un camino de santidad: ser santos como Dios es santo, pero para seguir este camino de santidad hemos de vivir la misión

---

<sup>2</sup> “Pues quienes creen en Cristo, renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo (cf. 1 Pe 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. Jn 3,5-6), pasan, finalmente, a constituir «un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios» (1 Pe 2,9-10). Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo, «que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación» (Rom 4,25), y teniendo ahora un nombre que está sobre todo nombre, reina gloriosamente en los cielos. La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo”. Concilio Vaticano II, Const. Dog. *Lumen gentium* (LG) (1965), 9

que conlleva toda vocación cristiana. La llamada es para una misión, cada uno la suya. El papa Francisco, en su Exhortación sobre la santidad, *Gaudete et exultate*, dice, citando a Zubiri, “Se olvida que no es que la vida tenga una misión, sino que es una misión” (GE 27). No tenemos una misión, sino que somos una misión.

En la Iglesia todos hemos sido llamados a la fe, pero cada uno tiene su propia llamada dentro de la llamada universal y, por tanto, cada uno tiene su propia misión. La imagen paulina del cuerpo de Cristo nos ayuda a comprender esta realidad de la Iglesia. En el cuerpo todos los miembros son necesarios, y todos se necesitan; unos pueden ser más visibles, otros menos, pero todos necesarios y dignos. Es necesario que los cristianos tomemos conciencia de esta realidad que es querida por Dios. Cada uno debe estar en la iglesia en el lugar al que el Señor lo ha llamado y saberse responsable de vivir en la misión para la que ha sido llamado.

Hemos de desterrar una Iglesia que excluye, que hace de las diferencias de vocación y misión un debate del poder -¿quién manda?-. “No será así entre vosotros”, nos dice Jesús. Hemos de construir una Iglesia servidora, donde todos viven en comunión la vocación a la que han sido llamados y realizan su misión como cumplimiento de la voluntad de Dios.

La Iglesia necesita pastores, pero necesita también laicos dentro de ella y en el mundo. No puede haber Iglesia sin los pastores que hacen presente sacramentalmente a Cristo, pero ¿qué sería los pastores sin el pueblo santo de Dios?

Este Plan de Evangelización quiere responder al reto de la evangelización de nuestra diócesis desde una comunidad unidad y variada en sus carismas y ministerios, desde una diócesis donde pastores y laicos vivimos el don de la paternidad-fraternidad.

#### **4. Interpelados por nuestra realidad que acogemos como una llamada de Dios**

Nuestra diócesis es muy joven, no llega a los treinta años de existencia, sin embargo, desde su creación ha habido muchos cambios. Sigue el crecimiento de la población, y en muchos lugares se va notando su envejecimiento. En estos últimos años son muchos los que han venido, y siguen viniendo, de fuera; ahora no proceden de otras regiones de España, sino

de otros países, culturas, y religiones. Vivimos en medio de una sociedad muy plural, que vive muchas veces de espaldas los unos de los otros, con importantes y extendidas bolsas de pobreza y marginación, tantas veces ocultas.

Junto a esto una realidad de secularización creciente en la que la gran mayoría de nuestros vecinos, no solo no participan en la vida de la Iglesia, sino que Dios no es una realidad en su vida. A esto ayuda la falta de identidad de nuestras parroquias y comunidades por el poco tiempo de la implantación, además de barrios y ámbitos de la sociedad donde la Iglesia no está presente por falta de agentes de pastoral. A pesar de estas dificultades somos un pueblo joven y con grandes posibilidades.

La Iglesia es enviada a este pueblo, a esta sociedad. Para ello necesitamos ser fieles al Evangelio y a las enseñanzas de la Iglesia, pero hemos de hacerlo con creatividad y audacia, con verdadera pasión y con humildad al mismo tiempo, con renovado ardor y con perseverancia. Hemos de anunciar a Jesucristo con la palabra y con el testimonio. Hemos de poner la tienda de la Iglesia en medio de la gente e invitarlos a venir: “Ven y verás”.

La realidad que nos ha tocado vivir es el hoy de la salvación. Es una llamada de Dios a perseverar y actualizar el mandato misionero aquí y ahora.

Este Plan de Evangelización es un medio para responder a esta llamada, un instrumento que entre todos hemos rezado, pensado y propuesto, y que ahora el Obispo, como pastor de esta comunidad, ofrece a todos como guía para seguir en la tarea de la evangelización.

## **5. Jesucristo, el enviado del Padre, nos envía a continuar su misión**

Jesucristo es el enviado del Padre, así lo dice el mismo Señor a Nicodemo: “Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

La misión de Jesucristo en el mundo es ser salvador, lleva al hombre a la comunión con Dios y ofrecerle la salvación por su muerte y resurrección. La voluntad de Dios es que el hombre se salve, y por eso envía a su Hijo al mundo. Jesucristo tiene una misión mesiánica.

Son muchos los pasajes evangélicos donde Jesús muestra su conciencia de enviado: “porque salí de Dios, y he venido. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió” (Jn 8,42). El Padre es el que lo envió.

La misión de Cristo se expresa de modo claro en “el misterio de la Encarnación y de la Redención, como despojamiento total de sí, que lleva a Cristo a vivir plenamente la condición humana y a obedecer hasta el final el designio del Padre. Se trata de un anonadamiento que, no obstante, está impregnado de amor y expresa el amor. La misión recorre este mismo camino y tiene su punto de llegada a los pies de la cruz” (RM 88).

La misión del Hijo llega a su plenitud en la Pascua, pero no termina ahí, sino que se prolonga hasta el final del mundo. Es el mismo señor quien transmite su misión a sus discípulos, a la Iglesia, para que hagan lo que él ha hecho, y lleguen al confín de la tierra.

La Iglesia es misión y existe para evangelizar como nos recordaba san Pablo VI. Esta es su dicha y su tarea.

San Juan Pablo II, en su Exhortación Apostólica *Redemptoris missio*, se preguntaba: ¿Para qué la misión? Respondemos con la fe y la esperanza de la Iglesia: abrirse al amor de Dios es la verdadera liberación. En él, solo en él, somos liberados de toda forma de alienación y extravío, de la esclavitud del poder del pecado y de la muerte. Cristo es verdaderamente «nuestra paz» (Ef 2,14), y « el amor de Cristo nos apremia» (2 Cor 5,14), dando sentido y alegría a nuestra vida. La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros” (RM 11).

Y continuaba: “La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una «gradual secularización de la salvación», debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina” (Ibid.).

Así todos los cristianos, en razón de nuestro bautismo estamos llamados a testimoniar la fe y la vida cristiana como un acto de amor al mundo, como servicio a los hermanos, y, sobre todo, como respuesta a Dios.

Las palabras del señor Resucitado dan marco y contenido a nuestro Plan de Evangelización: “Como el Padre me ha enviado, así también os envió yo” (Jn 20,21). Somos discípulos enviados a curar las heridas de los hombres, a fortalecer la fe y a crear comunión.

## 6. Como discípulos misioneros

Para poder participar de la misión de Jesucristo es necesario primero seguirlo como discípulo y a su vez no tiene razón de ser, ser discípulo si no es para la misión. “Discipulado y misión son dos caras de la misma moneda: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que solo él nos salva (Cfr. Hch 4,12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro. Esta es la tarea esencial de la Evangelización, que incluye la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana” (Aparecida 146).

Escribe el papa Francisco en *Evangelii gaudium*: “Los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros” (EG 173).

Ahora bien, ¿qué perfil de evangelizador está buscando el Papa?

- En primer lugar, el Papa -en continuidad con sus predecesores- parte de una convicción que explica el ser y la misión de la iglesia: si se trata de “primerear”, de involucrarse, de llegar los primeros anunciando el amor... es el Señor el que ha tomado la iniciativa; Él nos ha “primereado en el amor” (EG 24). Hoy no hay evangelizador si no se ha hecho la experiencia personal de saberse amado incondicionalmente por el Señor. En el número 120 de *Evangelii gaudium*, el Papa refuerza esta idea cuando nos dice que “si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús”.
- En segundo lugar, dicha convicción marca profundamente la identidad del evangelizador: el evangelizador siempre será “discípulo misionero”: alguien que se ha encontrado con el Mesías y, consiguientemente, se siente urgido a anunciarlo. Por eso el Papa advierte:

no somos primero «discípulos» y después «misioneros», sino que el evangelizador nace como «discípulo misionero» (EG 120).

- En tercer lugar, el perfil del «discípulo misionero» revela otra gran verdad: cada uno de los bautizados es un agente evangelizador. La evangelización no es cosa de sabios y entendidos, sino que urge al protagonismo de cada bautizado. Por eso el Papa prefiere hablar de la evangelización como un proceso de acompañamiento donde “los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros” (EG 173). En este sentido, la inquietud del Papa es que la Iglesia inicie a sacerdotes, religiosos y laicos en este «arte del acompañamiento» (AL 169); una maestría del evangelizador que se manifiesta en la cercanía y en la comunión para sanar, liberar, alentar y hacer crecer en la vida cristiana. El acompañamiento tantas veces deberá hacerse en el marco de un «hospital de campaña», esto es, involucrados en las periferias, donde corremos el peligro de accidentarnos.

En conclusión, la evangelización radica en un «servicio» que brota de la alegría del amor de Dios en nosotros. El «discípulo misionero» vive de la alegría que le lanza a la misión, retándonos a ser creativos en la pedagogía del amor (cf. AL 211). Creatividad que debe desplegarse en «procesos» significativos que ayuden a “generar vínculos, cultivar lazos, crear nuevas redes de integración y construir una trama social firme” (AL 100).

## **7. Un Plan para todos y al ritmo y según las posibilidades de cada uno**

Las diferentes realidades en nuestra diócesis indican que el camino a seguir, en nuestras parroquias, comunidades y movimientos, ha de ser el mismo, pero a velocidades y formas diferentes -no es lo mismo una ciudad que un pueblo, una zona periférica a una céntrica, la universidad que un hospital-.

Este Plan quiere expresar la necesaria unidad y comunión en la acción pastoral de la diócesis; pretende marcar objetivos, orientaciones y acciones que sean comunes, pero al mismo tiempo, desea que cada uno lo haga en su realidad concreta.

No se trata de inventar nada, mucho menos, de complicar, sino de ser un instrumento de ayuda para vivir la comunión en la acción evangeliza-

dora, respondiendo a las verdaderas necesidades de nuestra Iglesia y del mundo.

Pero, al mismo tiempo, con este itinerario pastoral para la diócesis queremos decir que no podemos quedarnos parados, que el “amor de Cristo nos urge”. No es de cristianos dejar de soñar: “Los sueños más bellos se conquistan con esperanza, paciencia y empeño, renunciando a las prisas. Al mismo tiempo, no hay que detenerse por inseguridad, no hay que tener miedo de apostar y de cometer errores. Sí hay que tener miedo a vivir paralizados, como muertos en vida, convertidos en seres que no viven porque no quieren arriesgar, porque no perseveran en sus empeños o porque tienen temor a equivocarse. Aún si te equivocas siempre podrás levantar la cabeza y volver a empezar, porque nadie tiene derecho a robarte la esperanza” (ChV 142).

El Obispo, después de consultar al pueblo de Dios, nos ofrece este Plan de Evangelización con las prioridades pastorales para los próximos años, ofrece criterios de actuación a nivel diocesano, arciprestal, parroquias, y de otras realidades eclesiales en la diócesis. Te invita a colaborar con Cristo en la obra de la salvación, a sentirte, porque lo eres, parte activa en la Iglesia.

## **8. Teniendo como meta la Pascua**

Estamos al comienzo de un itinerario espiritual para toda nuestra Iglesia particular. Como el mismo Jesús, en nuestra vida personal y como Iglesia, nos vemos envueltos en muchas tentaciones que nos impiden dar forma al futuro confiando en el Espíritu de Dios. Si queremos dar en el mundo testimonio del evangelio de Jesucristo de palabra y obra, experimentaremos obstáculos y contratiempos. No nos desanimemos por eso; dejémosnos guiar hacia la Pascua y el encuentro con el Señor resucitado.

La resurrección sigue siendo una realidad gozosa hoy. “Nosotros somos testigos”. Somos testigos de que Cristo está en medio de nosotros. Llenémonos del gozo del Evangelio y llevémoslo a donde Dios nos quiere y nos necesita: el mundo de hoy.

María, la Virgen Madre, acompaña el camino de nuestra Iglesia. “Aque-lla muchacha hoy es la Madre que vela por los hijos, estos hijos que caminamos por la vida muchas veces cansados, necesitados, pero queriendo

que la luz de la esperanza no se apague. Eso es lo que queremos: que la luz de la esperanza no se apague. Nuestra Madre mira a este pueblo peregrino” (ChV 48), y cada día nos muestra a Jesús, el fruto bendito de su vientre. A ella le encomendamos este camino de evangelización para la diócesis de Getafe.

## NUESTRO PLAN DE EVANGELIZACIÓN

# Un plan evangelizador para todos y con todos

### Un plan evangelizador para todos

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría... Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él”. Con estas palabras comienza el papa Francisco la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*. Y es con este mismo espíritu de **discípulos misioneros de Jesucristo** como nuestro Obispo ha querido poner en marcha un Plan Diocesano de Evangelización en la Iglesia que camina en Getafe.

Este Plan Evangelizador tiene como eje diamantino una opción misionera capaz de que todo se sienta transformado. Indudablemente esto requiere una reforma de estructuras que, como nos pide el papa Francisco, urge a una “conversión pastoral” que afecta a las costumbres, los horarios, el lenguaje. En una palabra, que todo se sienta y se viva como más misionero. Convertirse al Evangelio y vivir mejor lo que nos pide: “No hay humanidad nueva, si no hay, en primer lugar, hombres nuevos, con la novedad del Bautismo y de la vida según el Evangelio”, nos enseña san Pablo VI (EN 18). **Para todos.**

### Un plan evangelizador con todos

Nuestro Obispo, en el Documento de Trabajo preparatorio para este Plan nos decía: “Quisiera que realizáramos esta labor de preparación del nuevo Plan de Evangelización con algunas actitudes que nos inspiren y ayuden

a vivirlo como un verdadero momento de gracia... La confianza y la fe de Abraham... la oración... la libertad... la humildad... el deseo de comunión... no nos olvidemos de los más pobres... encomiendo este trabajo a la Virgen Santísima, la Madre de la Iglesia, y a los santos de nuestra Diócesis”.

En este Plan son convocados todos los cristianos: obispos, sacerdotes, religiosos, consagrados y laicos, y todas las comunidades, movimientos, asociaciones, hermandades, cofradías e instituciones de la Diócesis. Busca promover en todos ellos la comunión en la fe, la unidad en la conciencia eclesial, la participación de todos, la **sinodalidad**, la confluencia de criterios, objetivos y líneas de acción. Se quiere integrar los distintos carismas, situaciones e iniciativas pastorales. **Con todos**.

## **Un plan evangelizador flexible a las diferentes realidades**

Este Plan ha sido trabajado con la participación de toda la Diócesis de Getafe. Pretende llegar a todos adaptándose a las posibilidades de cada persona, comunidad o movimiento y a las diferentes circunstancias. No es un Plan que obligue, sino que invita a vivir la alegría de ser discípulos misioneros de Jesucristo con criterios unificadores, que llaman a la comunión, la corresponsabilidad y la sinodalidad ofreciendo las fuentes teológicas, del Magisterio e invitando a acoger lo que el Espíritu Santo nos vaya indicando en el camino de la vida cristiana como Pueblo Santo de Dios en la Iglesia y en el mundo.

“Es necesario, por tanto, como bien lo señalaron vuestros pastores, recuperar el primado de la evangelización para mirar el futuro con confianza y esperanza porque, «evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad creyente, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor».

La evangelización, así vivida, no es una táctica de reposicionamiento eclesial en el mundo de hoy o un acto de conquista, dominio o expansión territorial; tampoco un “retoque” que la adapte al espíritu del tiempo pero que le haga perder su originalidad y profecía; como tampoco es la búsqueda para recuperar hábitos o prácticas que daban

sentido en otro contexto cultural. No. La evangelización es un camino discipular de respuesta y conversión en el amor a Aquel que nos amó primero (cf. 1 Jn 4,19); un camino que posibilite una fe vivida, experimentada, celebrada y testimoniada con alegría. La evangelización nos lleva a recuperar la alegría del Evangelio, la alegría de ser cristianos. Es cierto, hay momentos duros, tiempos de cruz, pero nada puede destruir la alegría sobrenatural, que se adapta, se transforma y siempre permanece, al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo. La evangelización genera seguridad interior, una serenidad esperanzadora que brinda su satisfacción espiritual incomprensible para los parámetros humanos. El mal humor, la apatía, la amargura, el derrotismo, así como la tristeza no son buenos signos ni consejeros; es más, hay veces que «la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar encerrado en sí mismo y uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios»<sup>3</sup>.

### ¿Qué estructura tiene?

El Plan diocesano de Evangelizador tiene como Objetivo general el anuncio del Evangelio. Lleva por título: “**Así también os envío yo**”, las palabras del Señor Resucitado a sus discípulos. “También nosotros, la Diócesis de Getafe, escucha hoy la llamada de su Señor que la invita a llevar el Evangelio a nuestra gente y queremos responderle con un sí generoso, ilusionado y obediente en la fe”, nos exhorta nuestro Obispo, Don Ginés.

Está estructurado en **tres años** y cada año lo componen **dos objetivos**. Cada objetivo lleva consigo **varias líneas de acción** y a su vez cada línea de acción la componen **diversas acciones** en los diferentes niveles que componen la Diócesis: **nivel diocesano, nivel arciprestal, nivel parroquial y movimientos, asociaciones, hermandades o cofradías**. En todas las líneas de acción se nos llama a anunciar a Jesucristo crucificado y resucitado.

En los anteriores apartados hemos puesto un especial énfasis en los que creemos que son los puntos más importantes a la hora de llevar el Plan a la práctica: que está destinado a todas las realidades de la Iglesia que

---

3 FRANCISCO, *Carta al Pueblo de Dios que camina en Alemania* (29/06/2019). 7.

camina en Getafe, que se cuenta con la colaboración activa de todos los fieles, desde la vocación y el carisma propios, y que se ofrece como una ayuda pastoral fruto de las miles de aportaciones recibidas durante el curso pasado a través del Proyecto de evangelización.

Por ello, los objetivos presentes en cada curso deben ser recibidos como fruto de la escucha del Obispo al pueblo de Dios, respuesta a las inquietudes expresadas por los fieles y que, justamente, esperan de una respuesta efectiva, signo de caridad pastoral.

Para su puesta en marcha, la diócesis realizará un considerable esfuerzo, especialmente en la tarea de ofrecer la formación necesaria para cumplir cada objetivo. No tratamos de multiplicar instituciones, sino de aprovechar los instrumentos de que disponemos y hacerlos más cercanos para que cumplan una función real de apoyo en los arciprestazgos y en las distintas realidades presentes en la diócesis. Asimismo, con la finalidad de ofrecer posibilidades adaptadas a cada situación, se proponen en cada línea varias posibilidades, con el fin de ofrecer al final del Plan una realidad diocesana rica y complementaria, en la que cada comunidad haya asumido los objetivos y los haya encarnado en su propia realidad.

Es, pues, un trabajo ilusionante y comprometido. Siendo dóciles al Espíritu, caminamos unidos para actualizar en nuestro tiempo la labor salvífica del Señor resucitado.